

Un joven rollizo y sensual, intimidado por la despótica frialdad con que Delfina se defendía, como ante un incesto. Ella le exigía que fuera de un tipo menos realista, al pedirle que usara unos intelectuales anteojos de carey.

Un tiempo después el espíritu asiste a la lenta y dramática iniciación de Inglaterra en el pleito europeo, conociendo a Clarisa. La define como una mujer, que despierta un deseo insuficiente: "Es como Londres, que no satisface por completo, y que, sin embargo, deslucce a todas las demás ciudades". Para ella, él "quedaría bien en su salón chino".

Más tarde, a mediados de la guerra, conoce a Aurora. Maravillado por su vida selvático-circense, se inscribe para una temporada forestal. La naturaleza premia su heroísmo condecorándolo con una angina. Entonces—fauno quejoso—reflexiona a la manera de un sexagenario de veintidós años: "No, Aurora no me influirá. Me divierte, nada más. Ella pasará y yo me quedaré, solo, a dormir en lo hondo de mis grasas cetrinas de viejo Buda. . ."

Finalmente nos recuerda sus estudios en Oxford, participando, al principio, en el holgorio juvenil: regatas, fiestas, cabarets. . . Luego se retrae, creciendo en seriedad. En ese momento Delfina vuelve a aparecer—viuda ya—habitando en Londres. El yo la visita, dándole, como un hermano mayor, sus consejos: inútil apuntalamiento que no logra contener el derrumbe final, en la aurora de la paz europea.

Si hay intención irónica en la pintura de estos seres, ridículos por lo incompletos—igual que para el niño un individuo deforme—no nos aventuramos a asegurarlo. Depende del grado personal de suspicacia el sentido cómico que encontremos en la reiteración abultada, en Clarisa, de la adquisición de *bibelots*. Surge el mismo "¿hasta cuándo?", "¿para qué tanto?" que estalla, en exultante absurdo socrático, en "*La Velocidad*", del mismo Paul Morand. O el lamentable romanticismo de Delfina y su efímero esposo. Más aún: Aurora, la niña-perro, ridiculizada asimismo por el trasplante en un medio social, o en un bosque (Epping-Forest) hecho como de encargo.

Se trata de cosas muy sutiles, para las cuales nos remitiremos al dictamen prefacial de Proust: "Las aproximaciones de imágenes no se cuentan".

C. FERNÁNDEZ LANGLOIS.

ORIENTE Y OCCIDENTE.—Desde hace algunos años, pocos temas han apasionado tanto la opinión como el problema Oriente-Occidente. En estas palabras, así reunidas, se ha querido presentar, simbólicamente, el duelo a muerte de dos culturas milenarias.

Voces poderosas, sobre todo después de la guerra, han cundido pregonando la decadencia de Occidente, el ocaso de la cultura europea. El momento era propicio. La guerra había mostrado que Europa tenía su merecido por haber pospuesto ciertos valores morales, que eran su gloria, en beneficio de otros puramente utilitarios. Europa se sentía morir y se buscó

una teoría que explicara por qué Occidente agonizaba. Y no sólo fue fácil demostrar—todo es demostrable—que Europa moría, sino que moría de muerte natural. Paul Morand ha destacado, socarronamente, el hecho de que casi todas esas teorías hayan nacido en Alemania.

El remedio, creyeron muchos, estaba en curar a Europa de su exceso de actividad, y las miradas se volvieron muy pronto hacia el Oriente estático. Pero he aquí que la civilización europea, sino su cultura, ha contaminado ya a aquellas lejanas tierras. Los sacerdotes budistas, ha escrito Morand, viajan hoy en automóvil, y a 80 kilómetros por hora. ¿Qué sentido tienen entonces estos términos de Oriente y Occidente? ¿Hasta dónde son antagónicos? ¿En qué medida son reductibles el uno al otro?

El citado autor francés, en una de sus novelas más sugestivas, *El Buda viviente* (*), nos muestra el contraste de esos dos mundos. Sus diferencias arrancan de los opuestos valores que ambas culturas conceden a la vida. El Occidente la exalta, el Oriente la niega. Aquí la vida es sombra y apariencia; el verdadero ser es un sumirse en el Nirvana, un no sentir, un no querer. Jâli, el príncipe oriental de la novela de Morand, no comprende la tragedia de la agonía de su amigo Renaud, que se debate angustiado por asirse a la vida y que se desespera pensando en lo que no hizo. Jâli, de pie junto a la cama, inmóvil, chato, oscuro como una estatua de bronce y diciendo a su amigo, a modo de amable invitación a la muerte: "Le plus tôt possible, Renaud, le plus tôt possible" . . . es el Oriente, su calma hierática, su desprecio por la vida. Renaud, en cambio, es el Occidente, con su afirmación de los valores vitales.

Europa nos presenta así una larga y admirable tradición de cultura que jerarquiza todos sus valores de acuerdo con aquellos otros, para ella fundamentales. La cultura europea es ante todo una cultura que se ha preocupado por vivir, y si no faltaron en la época de mayor efervescencia cristiana almas purísimas de ascetas que cruzaron incorruptibles por esta vida, la mirada en lo alto para no ver sino lo puro, las manos abiertas y rígidas para no tomar nada de lo que la tierra ofrecía, si no faltaron almas cristianas que desatendieron las necesidades más urgentes de esta vida, ello fue, al fin de cuentas, para mayor gloria de la otra. Una u otra vida era el imperativo de aquella época; la elección era forzosa.

De estas dos vidas, el europeo ya no cree, o por lo menos no se interesa, sino en la inmediata. Por eso, desesperadamente, intenta agotarla en todas sus posibilidades. Por eso también el culto de la moral o de la inteligencia ya preocupa menos que el culto de la utilidad. La economía ha desalojado las pasiones espirituales, pero sin conseguir, con ello, que los hombres sean más felices.

Jâli no podía, pues, aclimatarse espiritualmente en un país occidental; siente la nostalgia de su patria, recuerda la quietud de sus jardines. De despecho predica el budismo, pero a la gente esto no le interesa. Esas teorías prosperan en los países amodorrados o que se aburren. Y Europa se divierte,

(*) Paul Morand, *Bouddha vivant*, Edición Grasset, París, 1927.

o quiere divertirse. Tampoco tiene Jâli fortuna en sus aventuras amorosas. Amilanado, vencido por la fuerza aplastante de Occidente, vuelve a su patria, turbada la paz de su corazón por el deseo insatisfecho de asimilarse a la vida occidental.

Oriente no puede tomar sino lo peor que en la hora actual tiene Occidente; podrá asimilarse su civilización material, su rigor técnico, pero no su cultura propiamente dicha. Un astrónomo oriental predijo, con la fría rigidez científica de un europeo, el momento, calculado en centésimos de segundo, en que iba a producirse un eclipse de sol. Pero esto no le impidió que momentos antes de observarse el fenómeno, tocara el tambor, para impedir, con ingenuidad supersticiosa, que el sol se tragase a la luna. El Oriente no puede asimilarse la cultura occidental, es decir la actitud europea frente a la vida, sin negarse a sí mismo. A Europa le ocurre lo propio con respecto al Oriente.

Pero el Oriente ha tomado no pocos aspectos de la civilización europea, y por eso acaso sea ahora cuando realmente la lucha Oriente-Occidente esté planteándose. Ya hay quien anticipa la posibilidad de una guerra.

Si así fuese, cuando veamos a Oriente y Occidente destrozarse en los campos de batalla, pensemos que han comulgado en una misma fe, o de otro modo que ya los mueven las mismas tristes preocupaciones. Es absurdo pensar en una lucha de culturas. Sólo cabe, y casi siempre por olvido de la propia cultura, una lucha de intereses. Admitido esto, que ambos partidos valoren aquello que se disputan.

AMALIA H. RAGGIO.

GLOSA.—Reseñar un libro es encerrarlo arbitrariamente en el marco favorecedor de nuestra atención. En cuanto una novela se encuentra sobre nuestra mesa se percata de su momentánea importancia y empina insolente ciertas virtudes que reclama como propias. Pero si rompemos el engañoso marco y consultamos el panorama literario, descubriremos que muchas de tales características son solamente aires de familia que la época va imprimiendo sobre todas sus producciones. Entonces la verdadera actitud crítica es quitar sucesivamente esas múltiples películas que envuelven la obra, hasta llegar al contenido esencial de ella. Un ejemplo: en Proust encontramos superpuestas una serie de actitudes literarias, pero no vale la pena ir a sus libros a leer al costumbrista o al humorista; lo valioso en él es su ángulo visual que al ponernos en contacto con un mundo que no interesa a nuestros hábitos utilitarios, destruye la normal visión del universo.

Bien; si con esta disposición leemos *Campeones del mundo* (*), descubrimos el paradójico hecho de que en Morand lo que menos interesa es su cosmopolitismo; y que si Morand es un valor típico de nuestro tiempo, ese valor no depende de su cosmopolitismo sino de otra cosa, luego diremos cuál.

En efecto, basta exponer la novela de Morand a plena luz para ver palidecer lo que se ha considerado como su máxima característica. Al lado

(*) Paul Morand, *Champions du monde*. Edición Grasset, París, 1930.